

Hé aquí, pues, trazada á grandes rasgos la situación en que quedaba la casa guadalupana al extinguirse aquel hermoso plantel que había florecido ciento cincuenta años. Veamos ahora si podemos seguir paso á paso la suerte de sus moradores.

NUMERO 118.

## El Exodo.

El Señor, después de haber pintado, por boca del sublime Isaías, el criminal extravío de su pueblo, y contemplando que la vara de su justicia le ha herido de piés á cabeza sin que en él haya quedado parte alguna sana y sin que por eso deje de despeñarse nuevamente con mayor ímpetu por el derrumbadero de su prevaricación, se duele de haber de castigarle de nuevo y exclama: “¿Dónde más te heriré? *¿Super quo percutiam vos ultra?* E inmediatamente revela el Profeta lo que están viendo sus ojos al través de los tiempos, lo que está guardado en los arsenales de la ira divina para cuando Nabucodonosor primeramente y siglos después las águilas romanas conducidas por Tito despedacen y exterminen á Judá y á Jerusalén con el fuego y la devastación de poderosa saña enemiga.

Entre un raudal de valientes imágenes vienen en seguida vehementes imprecaciones del Señor á los judíos. Luego les exhorta á convertirse prometiéndoles que, si lo hacen, el Señor los dará limpios de todas sus iniquidades. Vuelven las increpaciones en vista de la obstinación del pueblo, repítense las amenazas, y no principian estas sin que nos sorprenda otro rasgo de extraordinaria sublimidad y sentimiento. El Señor Dios de los ejércitos, el Fuerte de Israel, porque se ve compelido á castigar, prorrumpe en una nueva exclamación de dolor. “¡Ay de mí, dice que he de tomar satisfacción de mis contrarios y he de vengarme de mis enemigos!”

Isaías principia luego como imponiendo silencio á toda la naturaleza para que escuche la voz del Señor, é inmediatamente se oye la sentida voz del Eterno que continúa hasta el versículo 8 del primer capítulo en el cual versículo se dice que: “Después que haya pasado por ella la ira divina, la hija de

Sión, la reina de las ciudades, quedará abandonada como una choza que, construida de frágil caña en una viña ó en un melonar, queda inhabitada y abandonada al olvido, pasado que sea el tiempo de la vendimia.” Y en el versículo 9 toma la palabra el profeta y añade: “Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera guardado semilla, hubiéramos sido como Sodoma y nos pareceríamos á Gomorra.” Así el profeta en su altísima visión en medio de la espantosa ruina, que padecería el pueblo escogido, vió que la misericordia de Dios reservaba una rama de aquel gran árbol derruido para que retoñase y floreciese á su debido tiempo.

Así en la funesta exclaustación de los religiosos de Guadalupe es muy bello descubrir la piedad divina entre los rayos formidables de la justicia; y cuando sólo esperaban, víctimas de injusta y gratuita persecución, ser conducidos como mansos corderos á la inmólación y al sacrificio, la Providencia les obvió todos los caminos, proporcionándoles los medios conducentes para que, ya en pequeños grupos, ya aisladamente, todos pudieran dispersarse como una bandada de palomas huyendo de los tiros del cazador, para ir á buscar más lejos un refugio quizá muy pasajero donde sentar el pié.

La alarma se había difundido por toda la comarca desde que, á consecuencia de la publicación de la terrible ley de *conspiradores*, el clero secular y las comunidades de los conventos habían abandonado la ciudad de Zacatecas, y ya todo el mundo temía, con fundamento que la misma suerte debería correr la de Guadalupe, la cual esperaba alcanzar gracia habiendo dirigido una suplicatoria en ese sentido al Gobierno del Estado; suplicatoria que no fué atendida, como hemos visto. De consiguiente, todos los grandes propietarios de las haciendas circunvecinas estaban alerta esperando el momento en el cual podían ser útiles sus servicios proporcionando á los expulsos elementos para la huida, como de hecho lo verificaron aprestando cabalgaduras, mozos, acémilas y toda suerte de aparejos para caminar, los señores Dn. José Elías Fagoaga, de Saucedá; Dn. Joaquín Llaguno, de Santa Cruz; Dn. José M. Pereda del Maguey; Dn. Pascual Gordoá, de Cieneguilla y otros que será prolijo enumerar.

A las nueve de la mañana del día 1<sup>o</sup> de Agosto se había-



recibido la orden de desocupar el convento, y á las cuatro de la tarde de ese mismo día ya todos los religiosos se disponían á salir. Y siendo difíciles seguirles uno á uno en los diversos derroteros que emprendían, nos limitaremos á copiar aquí la relación de uno de los religiosos expulsados y la que más abunda en episodios interesantes, de los cuales no se ha desentendido al referir sus personales aventuras.

".....Nací.....no importa en donde; mi padre fué abogado y empleado del Gobierno. Descendiente por línea femenina, según él refería, del Marqués de Montoro, sólo poseía una corta heredad de los cuantiosos bienes de sus antepasados.

Siendo yo el mayor de sus hijos, quiso educarme como convenía al rango de su familia; así es que á los nueve años ya yo sabía leer y escribir adornando mi memoria, á más del catecismo del P. Ripalda, la historia de España y la de la conquista de América; la Mitología; dibujo lineal y solfeo, y á los diez y ocho de mi edad ya había estudiado aprovechadamente, Latín, Filosofía, idiomas, matemáticas y Literatura; y manifestando una inclinación decidida á las ciencias naturales, había adquirido algunos conocimientos en Botánica, en Química y en Farmacia.

Habiendo muerto mi padre y venido por ende muy á menos nuestra escasa fortuna, dispuso mi madre que nos trasladásemos á Zacatecas, lugar de su nacimiento, en donde al lado de sus parientes quizá estaríamos más al abrigo del infortunio, eligiendo para nuestra residencia la pequeña Villa de Guadalupe; y allí, con los productos de algunas operaciones de agrimensura, que practicaba yo, con los de algunas lecciones á domicilio en mi calidad de profesor de idiomas y con los de un pequeño comercio que establecí, pudimos reunir una mesadita para nuestros gastos, pudiendo añadir poco más tarde las quincenas asignadas á mi madre como directora de la escuela municipal de niñas.

Así las cosas, pasábamos la vida contentos de nuestra suerte y sin ambicionar cosa alguna, queridos de nuestros amigos y estimados de todos aquellos buenos vecinos, cuando plugo á Dios que yo concibiese el deseo de abrazar la vida religiosa.

Habiendo obtenido la aprobación de mi madre, puse mi pretensión ante el superior del Colegio, siéndolo en aquella épo-

ca el M. R. P. Fr. Diego de la Concepción Palomar, quien dando cuenta al Discretorio, cuerpo consultivo del convento, me comunicó á su tiempo que éste había resuelto no dar pase á pretensión alguna mientras no se celebrasen las elecciones capitulares de la comunidad, las cuales elecciones deberían verificarse pasados todavía algunos meses.

Celebradas que fueron las elecciones el día 7 de Noviembre de 1857, quedó en seguida ratificada mi admisión y yo vestí el santo hábito pocos días después, experimentando en mi ánimo las más dulces impresiones, las cuales por ahora no me es dado describir, teniendo el consuelo de hacer mis votos simples pasado el primer año de probación y habiendo de esperar, por disposición pontificia, hasta el cuarto año para pronunciar los votos solemnes y perpétuos. Mas el Señor que todo lo dispone, en su providencia inefable, quiso que antes que llegara ese día tan deseado para mi corazón, pasase yo por otras pruebas que me estaban reservadas.

Yo estuve en el claustro como en un elemento vivificante y salvador. La tonsura monacal había hecho caer parte de mis cabellos, en otro tiempo perfumados. Mi traje era un hábito de toscos y ceniciento buriel; mi calzado unas sandalias abiertas por donde se asomaban mis piés desnudos; mi cama una tarima; mis muebles una mesa y una silla de palo. Mis compañeros y hermanos pasaban junto á mí silenciosos. Callaban y yo callaba; oraban y yo oraba; imploraban al Eterno y yo le imploraba; se empleaban en obras manuales, como hacer disciplinas, fabricar escobas de palma, barrer el convento, limpiar los faroles y los excusados, y yo hacía lo que todos, imitando su ejemplo sin hacer ascos ni parecerme humillates tales trabajos.

Yo me hallaba bien allí. Solitario en medio de muchos compañeros, mudo para todos menos para con Dios, entregado á continuas ocupaciones, alternadas con el divino Oficio y la oración, que no me dejaban tiempo para pensar en mis antiguos devaneos, bendecía al Supremo Ser que me había conducido á aquel retiro, á la dichosa soledad, única parte donde puede encontrarse el bálsamo saludable que ha de sanar ciertas dolencias.

Esto es muy bueno, me decía á mí mismo interiormente; yo estoy aquí muy bien. Y efectivamente, pasaron días y días, meses



y meses y yo estaba tranquilo, pudiendo mirar á lo pasado sin que viniera á turbar mi género de vida en lo presente, hasta que la revolución vino en 1859 á arrebatarnos para siempre la dulce paz en que abundaba mi pobre alma, lanzándome de nuevo á la vida vertiginosa del siglo corruptor.

El día primero de Agosto de ese mismo año, á las 9 de la mañana, el R. P. Palomar, delante de la comunidad, que se reunía al son de la campana de *ordenación*, leía un oficio de la autoridad de Zacatecas, en el cual le mandaba desocupar el colegio dentro de veinte y cuatro horas, después de cuya lectura los sollozos y las lágrimas de los religiosos se mezclaban á las tiernas y patéticas exhortaciones del Prelado.

Un anciano nonagenario nos enterneció más que ninguno; era el P. Fr. José María Sánchez Alvarez, el más antiguo de los religiosos profesos de corona, quien deshecho en llanto nos decía que le abandonásemos allí, en el convento, á merced de la Providencia, expuesto á la sed y al hambre. Delante de la ventana de su celda miraba á los cerros, á los campos y al cielo y abría anchurosamente la boca para respirar con más amplitud aquel ambiente hasta entonces tan vivificante y bienhechor.

Después cada uno fué á ver cómo prepararse á la marcha; y pensando algunos en practicarla á pié, empezaron á proveerse de *huaraches*, esa especie de calzado que usa la ínfima clase y la más desheredada de nuestro pueblo. Pero algunos al ensayarse á andar calzados de esa suerte, en pocas horas recogieron el triste desengaño de que lo delicado de sus piés no consentía aquel correaje sin arrollarse la piel hasta verter sangre á costa de dolores inauditos.

A las dos de la tarde del mismo día, hora en que en todos los templos franciscanos se expone el Santísimo Sacramento á la pública veneración con ocasión de la famosa indulgencia de Porciúncula, todos los religiosos se encaminaron á la Iglesia, y allí, postrados delante del altar mayor, algunos renovaron sus votos; otros oraron algunos instantes en silencio; muchos derramaban copioso llanto y todos, pidiendo resignados á la Santísima Prelada Guadalupana la bendición y besando humildemente aquel sagrado pavimento, se retiraban con el corazón oprimido por la poca esperanza de volver algún día á pisar aquel recinto amado.

Dejando, pues, cada mueble en su sitio, salimos todos esa misma tarde á la ventura, sin que ninguno se propusiera algún punto fijo á donde dirigirse.

Encaminándome á la *puerta del campo*, por la cual debía salir, acerté por dicha mía á encontrarme con el R. P. Zubía, uno de los religiosos más graves y sabios de la comunidad, quien con voz aflijida, pero afectuosa me preguntó:

—Hermano, ¿á dónde va?

—¡*Benedicite!* le respondí, no tengo á dónde irme, siendo lejos de mi familia.

—Entonces, ¿quiere su caridad venirse con migo? Ahí me esperan dos caballos que, enjaezados y listos, me envía Pascual Gordo de la hacienda de Cieneguilla.

—Está bien, le contesté; acepto gustoso el ofrecimiento.

Montamos ambos en seguida; y espoleando nuestras cabalgaduras, atravesamos á galope las calles de la Villa, como si alguien nos persiguiese, no sin oír á nuestro paso los gritos lastimeros del vecindario, que lamentaba nuestro destierro.

Así salimos del Colegio de Guadalupe.

Eran las cuatro de la tarde. El cielo estaba despejado haciéndose sentir todavía los ardores de un sol canicular. Nosotros emprendimos la marcha con rumbo al Norte y sin elegir previamente lugar alguno á donde dirigirnos, echamos á andar por el primer camino que encontramos orillas de la Villa, caminando con cierta premura y dando apenas resuello á las bestias que montábamos. De esta suerte llegamos al anochecer al rancho de Guerreros, en don le el honrado mayordomo nos preparó cena frugal y pobre alojamiento, formándonos dos lechos sobre montones de *olotes*, como llamamos vulgarmente al corazón de la mazorea del maíz.

Al día siguiente, después de tomar un poco de leche con tortillas, que nos presentó nuestro cariñoso huésped, nos despedimos de él agradecidos de su hospitalidad y del valioso servicio que nos prestaba gratuitamente facilitándonos un mozo montado, el cual iba á servirnos de guía en la travesía que íbamos á emprender dirigiéndonos por senderos extraviados á la ciudad de Querétaro, donde, en el Colegio de la Santa Cruz, había re-



suelto el P. Zubía que nos recogiésemos, de conformidad con los deseos del Prelado de Guadalupe.

Ya no caminábamos tan de prisa como el día anterior, temerosos de cansar los caballos, fuera de que, no siendo camino abierto el que seguíamos, las sinuosidades del terreno nos impedían caminar con rapidez; así es que hasta después de medio día hubimos de llegar á la hacienda del Refugio, en donde una piadosa mujer nos invitó con insistencia á detenernos para tomar los alimentos que nos aseguró tener preparados de antemano, sabedora de lo ocurrido á la comunidad de Guadalupe, y en la casi certeza de que pasarían por allí algunos de sus religiosos dispersos.

Tomamos algo de lo que nos presentó aquella buena mujer, y montando en seguida, nos dirigimos hacia la hacienda de San Diego, á donde llegamos poco después de las cinco de la tarde. Allí deseábamos alojarnos en alguna casita de las de los peones; pero una Señora y unas niñas, saliendo de la casa principal de la hacienda, fué á ofrecernos en ella alojamiento, rogándonos repetidamente que lo aceptásemos, añadiendo, para más obligarnos, que de ese modo nos reuniríamos allí con otros religiosos de los nuestros, que habían acertado á llegar á la hacienda poco antes que nosotros.

Accediendo, pues, á tan generosa invitación, fué de parecer el P. Zubía que nos alojásemos allí; y grande sorpresa nuestra fué encontrarnos, al entrar, con todos los hermanos del Noviciado, que conducidos por el religioso corista Fr. F. Galván, iban también á Querétaro en derecha, con el mismo propósito que nosotros. Por donde, dándonos recíprocamente la enhorabuena, convenimos en seguir juntos el derrotero, presididos todos y bajo la obediencia del P. Zubía. Y pasando la noche en unas galerías inundadas de gorgojos y garrapatas, y medio recostados en el pavimento desnudo, que era de piedra, pasamos la segundo noche, no sin haberse exculpado el dueño de la finca por habernos dispensado tal hospedaje en fuerza de que nuestro número era superior á los elementos de que pudiera disponerse para proporcionarnos mayor comodidad.

Al día siguiente emprendimos la marcha juntos todos los religiosos que allí estábamos y que en número de diez formábamos ya una pequeña colonia, dirigiéndonos á la hacienda de

Ciénega, á donde llegamos el día 3, siendo allí recibidos con cariñosa hospitalidad; y pasando la noche menos mal que las anteriores, salimos el día siguiente para la hacienda de Ledesma, á donde llegamos á las cuatro de la tarde en medio de una tormenta deshecha, habiendo corrido riesgo de ser fulminados por el gran número de descargas eléctricas que á nuestros piés caían, espantándonos los caballos que á duras penas podíamos sujetar.

Calados de agua, tuvimos que aguardar á que la ropa única que vestíamos se nos secase en el cuerpo. Y siguiendo nuestro camino el día 5 por la mañana atravesamos por la barranca de Salsipuedes llegando á las cinco de la tarde á una pequeña alquería, llamada la Trinidad, habitada por una pareja, ya entrada en edad, pero que solícita y caritativamente desempeñó los oficios de la hospitalidad más exquisita, sirviéndonos en todo con tal esmero y eficacia, cual si fuesen personas muy acomodadas y que podían disponer de muchos recursos y criados, siendo así que los dos estaban absolutamente solos en aquella casita alegre y deliciosa que semejaba un paraíso.

Al día siguiente llegamos á Lagos, yendo á parar en derecha á la casa del P. Fr. Alfonso Orozco, religioso nuestro que pertenecía á una rica y distinguida familia de la ciudad y en donde por dicha nuestra se encontraba por motivos de salud. Allí, para repartir la carga, dispuso el P. Zubía que nos alojásemos de dos en dos en diferentes casas, ofreciéndose á prestarnos este servicio el Sr. Pbro. Don Cástulo San Román y su hermano, el Lic. Calvillo; un Sr. González y la misma Sra. D<sup>ña</sup> Isabel, madre del R. P. Orozco.

Tres días permanecimos en Lagos, de donde tuvimos que salir apresuradamente por haber tenido noticia de que una fuerza se aproximaba trayendo á su cabeza á Don Silvestre Aranda, que merodeaba por aquellos contornos. Y devolviendo los mozos y las bestias que llevábamos, hicimos desde allí el viaje en Diligencia, tomando el día 9 la de Guanajuato.

Serían las diez de la mañana de ese mismo día cuando al aproximarnos á León y como á distancia de dos leguas de la ciudad, dos hombres á caballo y perfectamente armados, en traje de campesinos, intimando al postillón que se detuviese, amenazándole con un revólver amartillado, le hicieron parar, y diri



giéndose á las portezuelas del coche, preguntaron á los que dentro estábamos, quiénes éramos, de dónde veníamos, á dónde íbamos, y qué objeto llevábamos. En medio de la sorpresa y el temor que nos embargaba á la vista de aquellos hombres de aspecto feroz, todos nos apresurábamos á responder que éramos religiosos exclaustrados de Zacatecas; que veníamos de Lagos é íbamos á Guanajuato huyendo de la persecución. Mas como entre nosotros iba una persona seglar que no vestía el hábito nuestro, los exploradores, que después supimos que lo eran, comenzaron á exigirle la respuesta que á él correspondía, habiéndose manifestado satisfechos de las nuestras.

La persona en cuestión era nada menos que el Lic. D. Joaquín Velasco, quien venía de Guadalajara con una comisión del Gobierno conservador y que movido del temor de verse capturado, desde el momento en que los cocheros nos anunciaron que íbamos á encontrarnos con fuerzas enemigas, comenzó á despedazar algunos papeles arrojando los fragmentos por la portezuela. Así es que al verse interrogado se inmutó de tal suerte que nada hallaba que responder, haciéndose preciso que el P. Zubía tomara la palabra, asegurando que el expresado Licenciado era persona pacífica que se había acompañado á nosotros en el camino.

No satisfecho el interlocutor, miraba á Velasco de arriba á abajo con mirada terrible y escudriñadora, hasta que al fin hubo de apercibirnos de que tendríamos que presentarnos ante el General, dando en seguida orden á los cocheros de guiar el coche hacia el Hotel en donde aquel se alojaba, sirviéndonos de escolta él y su compañero, quienes se colocaron de cada lado de las portezuelas, con las pistolas preparadas y siguiéndonos al medio galopar de sus caballos.

De este modo discurrimos algunas calles de la ciudad de los Aldama hasta que hubimos de detenernos frente á las puertas de un Hotel, en donde una multitud del pueblo vino á agruparse tan pronto como observaron ser nosotros los pasajeros. Y manifestando todos en el semblante la sorpresa y el temor de que lo pasáramos mal, comenzamos á descender uno por uno, siendo Velasco el último. Y apoderándose de él los exploradores, le llevaron consigo sin que por entonces supiésemos á donde le conducían, dejándonos á nosotros penetrar libremente en

el interior del Hotel, cuya servidumbre nos introdujo inmediatamente en el comedor.

A poco tiempo de instalados, se presentó á almorzar con nosotros en mesa redonda el General de las fuerzas liberales D. Pedro Hinojosa, acompañado del coronel Muzquiz y de otros dos oficiales de su estado mayor. Saludáronnos con atención; colocáronse en sus asientos y en seguida se sirvió el almuerzo, durante el cual Muzquiz, habiendo reconocido en el P. Zubía á un antiguo amigo de su tío, el Sr. Cura Muzquiz de Matamoros, le presentó al General con frases benévolas en favor de los religiosos guadalupanos, abriendo de este modo ancho campo para que el General, emprendiendo una conversación chancera, sí, aunque depresiva del estado monástico, dirigiera la palabra á algunos de nosotros, especialmente á los jóvenes novicios á quienes les proponía desnudarse del hábito penitente que vestían y empuñar la espada, engrosando las filas de su ejército, y viviendo después felices en compañía de algunas hermosas fronterizas con las cuales se les facilitaría contraer honesto matrimonio. El caudillo liberal hacia propaganda.

Dieron las gracias al General, llenos de rubor, nuestros pobres novicios, asegurándole ser más de su agrado el género de vida por ellos elegido; y terminado el almuerzo, y levantándonos de la mesa, nos despedimos del General Hinojosa y del coronel Muzquiz, quienes cortesmente nos acompañaron hasta la puerta del Hotel, viéndonos desde allí montar y enviándonos con cierta efusión el último saludo de despedida. Más tarde el General recordó esta circunstancia cuando, prisionero en el Obispado de Puebla después del sitio puesto á dicha ciudad por los franceses, tuvo oportunidad de encontrarse conmigo y reconocirme.

Al chasquido del látigo tradicional de los aurigas, partieron los caballos á galope formando un concierto estridente el ruido de sus herraduras con el chocar de las ruedas contra el empedrado y el crugir del garrote á medio comprimir, encontrándonos media hora después sobre la ruta que conduce á la opulenta ciudad de Guanajuato en la cual aún se sostenía á aquellas fechas el Gobierno reaccionario y á donde hubimos de llegar sin contratiempo alguno poco después de las cuatro de la tarde, alojándonos desde luego en el antiguo convento de S.